

troducido su cabeza, cuando ya se apodera completamente de nosotros. Si queremos vencerla, rechazamos con brio y decision sus primeras asechanzas. La perdicion de Eva tuvo su origen en el hecho de haberse detenido á discutir con el demonio sobre la inteligencia del precepto divino. Nosotros debemos imitar la conducta de Jesucristo, que, sin detenerse á declarar su infinito poder al tentador, ni hablarle de la conveniencia ú oportunidad del milagro, que solicitaba, le rechazó con una sentencia, que le dejó confuso y desvaneció todos sus proyectos. Haciéndolo así, el demonio se retirará avergonzado y confundido; las pasiones se amortiguarán, la concupiscencia quedará refrenada, la carne se humillará, y las virtudes crecerán en nosotros hasta hacernos varones perfectos, y disponernos á recibir la eterna corona, prometida á los que vencen hasta el fin, corona que á todos os deseo. Amen.

## DEMONOLOGÍA.

*Accedens tentator dixit ei.*

Acercándose al tentador le dijo.

(Matth. iv, 3.)

Hermanos míos: el Evangelio de este día puede, con razon, llamarse el Evangelio de la tentacion. Nuestro Señor Jesucristo nos dá, en efecto, en su persona divina, el ejemplo de la tentacion, con sus caracteres los más admirables y extraordinarios, puesto que llega hasta el punto de permitir al demonio, que ponga sus manos sobre su santa humanidad, y que le traslade de un lugar á otro. Empero, me apresuro á añadir, que, en su triunfo brillante sobre el espíritu tentador, nos presenta inmediatamente el modelo y la garantía de una victoria cierta contra las tentaciones, aún las más violentas y extremadas.

Pudiera yo, hermanos míos muy amados, con ocasion de este Evangelio, hablaros de las tentaciones, que torturan nuestra vida; y de las razones decisivas que tenemos, para que su permission no nos cause admiracion ni espanto, sino que nos mueva á precavernos y armarnos contra ellas; empero, he preferido deciros algunas palabras del tentador mismo, del demonio, autor é instigador del mal. Rara vez habreis oido tratar de este asunto en este lugar; sin embargo, conviene tratarlo, porque atravesamos una época en que nada se respeta; y en nuestros días, algunos doctores del protestantismo, algunos neos intérpretes de la Biblia, contando con el apoyo de los numerosos libre-pensadores, no temen afirmar, que el demonio y las obsesiones, de las cuales habla el Evangelio, nunca han existido, sino en la imaginacion y el cerebro enfermo del vulgo crédulo é ignorante. Impugnar este error tan impío como grosero, é ilustraros, al mismo tiempo, sobre ciertas cuestiones importantes que se relacionan con el mismo asunto, es lo que me propongo hacer con mi discurso. Implemos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Antes de ocuparme, queridos hermanos míos, en demostrar la existencia del demonio, su identidad propia, sus actos y los certificados de su origen, como tambien la autenticidad de las obsesiones y posesiones del Evangelio, que le presuponen, permitidme recordaros, que tres especies de criaturas salieron de las manos de Dios: las criaturas propiamente espirituales, ó los ángeles; las criaturas mixtas, ó el hombre con su doble naturaleza y unidad de persona; y las criaturas simplemente corporales, divididas en dos clases, animadas, las unas, é inanimadas, las otras, cuyo uso y vista nos alimentan, nos encantan y regocijan.

No temais, hermanos míos, que pretenda con eruditos y laboriosos argumentos probaros la existencia del demonio, ni que me remonte al origen de las cosas, para obligaros á asistir á la creacion de tantos millones de espíritus gloriosos, destinados á alabar á Dios eternamente, y á formar una corona radiante al rededor de su trono; nó, queridos hermanos; ni tiempo ni voluntad tengo para ello. Tampoco os hablaré de la historia y de las causas de la caída de un considerable número de esos espíritus, de la naturaleza de su falta, y de los castigos horribles, que fueron la consecuencia de ella, tales como la pérdida de los dones y de las gracias privilegiadas, que habian recibido, su vergonzosa derrota y expulsion del cielo, y los malos espantosos á que fueron condenados. Me limitaré á exponeros dos puntos importantes de la enseñanza católica sobre los demonios, que os

ayudarán singularmente á comprender las cuestiones, y hasta ciertos hechos prácticos y curiosos.

En primer lugar, la Iglesia nos enseña, que una de las consecuencias mas horrorosas de la caída de los malos ángeles, y de su pretension insensata de igualarse á Dios en gloria y en poder, fué una herida profunda y fundamental inferida á sus facultades, á su inteligencia y á su voluntad. Fueron entregados á este espíritu de error, á este sentido réprobo, que forma esta espantosa enfermedad, que se llama *ceguedad intelectual*. Ellos hicieron entónces un pacto eterno con la noche, con las tinieblas, y la mentira. Su corazon, á su vez, fué maldito, y entregado á un endurecimiento irremediable y desesperado; de suerte, que pueden decir, en cierto sentido, á las tinieblas: Vosotras sois mis hermanas; y al mal: Tú eres mi hermano. Hicieron como un divorceio eterno con la luz y el bien; y fueron condenados; lo que forma uno de sus suplicios y de sus rasgos distintivos, á amar el mal por el mal, y á odiar el bien por el bien: amor y ódio, que, en todos los idiomas y en todos los pueblos, son llamados diabólicos. Cuando el hombre obra el mal, lo obra libremente; pero no sin protesta. Cede, obedece al impulso de una naturaleza decaída, de instintos desgraciados; mas, en medio de sus extravíos, conserva el instinto de lo bueno, de lo justo y de lo verdadero; de suerte, que, aún en el sér mas degradado, existe algo, que no abdica jamás enteramente, que jamás enmudece, sino que grita y reclama contra el mal; y este algo es la conciencia. ¡Oh, qué hombre tan infeliz soy yo! exclama el Apóstol: No hago el bien que quiero: ántes bien hago el mal que no quiero.

Por eso, cuando por casualidad encontramos en los dramas sangrientos de la historia, ó en los tribunales, una de esas figuras de hombre (si tal puede llamarse quien nada tiene de humano), que han recorrido todos los grados de la humana perversidad, ó bien han descendido á un abismo de ferocidad, que nos llena de espanto y estupor, le rehusamos el título de hombre, y le llamamos, mónstruo. Tal es el título abominable con que las generaciones, de siglo en siglo, han estigmatizado á Neron, Calígula, Domiciano, y otros varios, cuya vida, y horribles crímenes no ignorais. En efecto; ¿cómo explicar, hermanos míos, tanta maldad, y esa infame voluptuosidad del mal por el mal? Los libre-pensadores, y otros adversarios de la doctrina católica, podrán, si gustan, esforzarse en explicar esos monstruosos fenómenos del órden moral; podrán no ver en ellos más que el resultado de cierta conformacion ú organizacion anormal, enferma, excepcional; empero el católico, guiado por los Libros santos

y la autoridad de los Santos y de los Padres, sin que pueda acusársele de temerario ó supersticioso, reconoce en ellos un pacto, más ó ménos directo con el demonio, como San Gregorio el Grande señalaba la presencia de un demonio en cada uno de los soldados, que destrozaron, en una flagelacion sangrienta, la carne sagrada del Salvador.

Establecida ya, amadísimos hermanos, esta rabia furiosa del demonio por el mal, y su propagacion, su ódio á Dios, y su envidia de la gloria y redencion del hombre, me propongo demostrar tambien, en breves palabras, que Dios, al retirarles los dones y las gracias de eleccion de que le habia dotado, le dejó, como al hombre mismo despues de su caída, los dones y las fuerzas inherentes á su naturaleza espiritual, aunque profundamente alteradas y depravadas, y cierta preeminencia maravillosa, en todo, sobre las demás criaturas. Esto es lo que nosotros llamamos poder del demonio, poder, que está todo entero al servicio del mal, y de que se sirve para atormentar nuestros cuerpos, y perjudicarnos en nuestros bienes, en nuestra alma, arrastrándonos á la perdicion eterna. Puede el demonio tambien conspirar y formar como un pacto, una especie de alianza con hombres perversos y desesperados, que se le entregan expresa ó tácitamente, se hacen sus esclavos y sus satélites, y se alistan á su servicio, por medio de espantosas estipulaciones y tratados misteriosos.

Aquí, hermanos míos, no vamos á discutir con Dios, ni á pedirle por qué no tiene á Satanás encadenado en el fondo de los infiernos, sino que le deja libre en los aires y le permite atormentar al hombre, y tentarle de continuo para perderle. En presencia de los hechos, que no dejan lugar á la menor duda, y de este poder exterior dejado al demonio, aún despues de su condenacion, lo cual es incuestionable; nosotros debemos adorar los consejos ocultos é insondables de Dios, é inclinarnos ante su voluntad, seguros, como lo estamos, de que esa especie de potestad, esas libertades concedidas al demonio, son puramente exteriores, y tan restringidas, que, si queremos, lejos de dañarnos, solo sirven segun las miras misericordiosas del Señor, para confusion del enemigo comun y glorificacion de los Santos.

Esa libertad y esa potestad limitadas del demonio, no pueden negarse ni desecharse sin negar el Evangelio, en cuyas páginas, su existencia y sus actos están demostrados de una manera clara y terminante con hechos ciertos é incontestables. Dejemos, empero, las teorías, las discusiones y los raciocinios, para entrar de lleno en la historia mas santa y venerada del mundo. ¿Qué leemos en ella, en lo

relativo á esta cuestion del demonio y de sus obsesiones, que implican necesariamente su presencia? Abrimos la sagrada Escritura, y leemos en el Evangelio S. MARC. IX, que un desventurado padre conduce un dia á los piés del Salvador á un pobre jóven poseido del demonio, conjurándole á que le curase: Espiritu sordo y mudo, dijo el Salvador, yo te lo mando, sal de este mozo, y no vuelvas más á entrar en él: *Surde et mule spiritus, ego præcipio tibi, exi ab homine et ne amplius introcas in eum.* Y como sus discipulos le preguntáran á solas, por qué motivo ellos no le habian podido curar, respondióles: *Hoc genus dæmoniorum in nullo potest exire, nisi in oratione et jejunio:* esta raza de demonios por ningun medio puede salir, sino á fuerza de oracion y de ayuno. En otro pasaje S. LUC. VIII, Nuestro Señor manda al demonio que le diga su nombre, y éste, obedeciéndole, le pide que no le mande ir al abismo, sino que le permita entrar en el cuerpo de animales inmundos que andaban por allí paciendo. Vosotros, oyentes míos, ya sabeis lo demás de esta historia. En otra ocasion, Jesucristo dijo á los setenta discipulos, muy satisfechos porque los demonios les estaban sometidos; que no se regocijáran de que les obedeciesen los espíritus, sino de que sus nombres estuvieran eseritos en el cielo: *In hoc nolite gaudere quia spiritus vobis subjiciuntur...* etc. Estos textos no necesitan comentario; es evidente, que aquí no se trata de meros enfermos ni de enfermedades imaginarias, sino de demonios reales, personales y verdaderos, así como de verdaderas obsesiones y posesiones demoníacas, que son un argumento invencible en favor de nuestra tésis, y de toda la doctrina católica sobre el tentador, sobre aquel á quien, en cierto sentido, se llama príncipe de este mundo.

2. Cuando el Salvador envió sus Apóstoles á predicar su Evangelio, les dió tambien la potestad de exorcisar ó de arrojar á los demonios; y vemos en los HECHOS DE LOS APÓSTOLES, que lo practicaron en diferentes ocasiones y circunstancias. Esta potestad no terminó con los Apóstoles: dura todavía en la Iglesia; y no es una palabra vana, un vano título, sino una gracia preciosa, una arma divina, de que puede usar ó no usar, segun las razones y circunstancias de que ella sola es juez, en su sabiduría infalible.

Vivimos en una época, en la que se hace muy poco caso de la gracia, y se dá muy poca importancia á la revelacion divina en el progreso y movimiento del género humano; se pretende, que el hombre, el hombre solo lo ha realizado todo con su potente génio, y que á él únicamente se le debe la gloria de haber creado esta brillante civilizacion, de la cual somos nosotros los hijos y los testigos, como

si la historia moral y social del mundo no demostrase, hasta la última evidencia, que es la obra bendita de Cristo y de su Iglesia.

Antes de la Encarnacion, la dominacion del demonio era habitual, constante y universal; y Bossuet no hizo más que consignar esta triste verdad, cuando, consu magnífico lenguaje, exclama, que ántes del Evangelio, el mundo entero no era sino un templo de ídolos, ó de adoradores del demonio, que se ocultaba detrás de ellos; y sus palabras son un magestuoso eco de los Padres de los primeros siglos, quienes unánimemente enseñaron, que el demonio, ántes de la venida misericordiosa del Salvador, era el príncipe y el rey del mundo. Me concretaré, hermanos míos, con citar aquí las palabras que el gran Athenágoras, filósofo ateniense, convertido á la fé, dirigió al emperador Cómodo en favor de los cristianos. Hablando en nombre de una valerosa diputacion, á cuyo frente iba, le expuso noblemente su opinion sobre el paganismo, que acababa de abandonar. « Los hombres, le dijo, son atraídos á los altares de los ídolos por los demonios, que los engañan, y hacen víctimas de sus sacrificios sangrientos: todas las divinidades mentirosas, á las cuales se han erigido estatuas en vuestros templos, fueron hombres comunes, cuyos nombres tomaron los demonios para poder, por medio de esta supercheria, imponer á la muchedumbre y arrastrarla á la perdicion. » Eusebio en su elogio de Constantino, declara lo mismo, y afirma, que por do quiera el espíritu del mal estaba oculto en los ídolos, hablaba y obraba por los oráculos, los mágicos y otros mil instrumentos y agentes de supersticiones paganas. San Cipriano sostiene la misma doctrina, añadiendo, que Satanás procuraba, por todos los medios, turbar las imaginaciones de los paganos, y espantarlos por medio de la aparicion de negras fantasmas y de sombrías visiones nocturnas, para conducir á esos infelices idólatras, con impresiones las más terribles, á los templos, y á sacrificar á los ídolos, que no eran otra cosa que ellos mismos.

Ahora, hermanos carísimos; bien podemos preguntar con San Atanasio ¿desde cuando comenzó el género humano á abandonar el culto de esas falsas divinidades? ¿No ha sido, desde que el Verbo de Dios se hizo carne, y habitó entre los hombres? ¿Desde cuando los oráculos tan celebrados en la Grecia y de otras naciones han enmudecido y desaparecido? ¿No ha sido desde que el Salvador se ha manifestado á los hombres? Antes de su venida, viles sibilas gobernaban el mundo, y las naciones estaban atentas á las menores revelaciones de las pitonisas y de los oráculos de Delfos, de Dodona, de la Tracia y del Egipto; mas, desde que Cristo hizo oír su voz, y anunció su

doctrina, todos los adivinos y adivinas, confusos y humillados, bajaron de sus tripodes.

¿Cuándo comenzó el mundo á reirse de los dioses y de los héroes, de Homero y de otros poetas, sino cuando Nuestro Señor triunfó de la muerte por su resurreccion gloriosa? ¿Desde cuando se burlan los mortales de las astucias y de la rabia de los demonios, sino desde la Encarnacion del Verbo, Señor y Dueño de todo, que tuvo piedad y misericordia del hombre? ¿No es desde esa hora para siempre bendita, que se ha visto en todas partes caer la mágia con los mágicos, y las escuelas con sus filósofos, convencidos de locura por la aparicion de Aquel, que es la sabiduría increada? San Atanasio se servia de esa fuga de los demonios llenos de terror, como de un argumento perentorio de la resurreccion del Salvador; pues con solo invocar su nombre, dice el Santo á los paganos, desaparecen en su presencia, ó le adoran y tiemblan, porque reconocen que Aquel, en quien los perversos se niegan á creer, es el verdadero Dios; esos espíritus del mal exclaman hoy, todavía, como cuando Cristo estaba visiblemente en la tierra: Jesús de Nazareth: ¿qué tenemos nosotros que ver contigo? Déjanos en paz: ¿has venido á exterminarnos? ya sabemos quién eres, *eres* el Hijo único de Dios. Luc. iv, 34. Jesús Hijo del altísimo Dios, en nombre del mismo Dios te conjuro, que no me atormentes. MARC. v, 7. San Cipriano, en su libro á Demetrio, atestigua, que los demonios se han visto obligados por el poder de Dios, á confesar la verdad del juicio futuro; y San Ambrosio, nos avisa en sus Cartas, que en los exorcismos por la imposicion de las manos, los demonios se sentian forzados á confesar, que no hay salvacion sin la fe en el misterio de la Sma. Trinidad. San Jerónimo, entre otras cosas curiosas, habla de la rabia furiosa y de las horribles contorsiones de los posesos, cuando eran conducidos ante los sepulcros de los Santos. En presencia de tales maravillas de la gracia, San Hilario, en uno de los arranques de su admiracion exclama: «El mundo sabrá ahora, que Cristo ha venido en realidad: los libros de los profetas le habian anunciado, y el cumplimiento de sus profecias, en la plenitud de los tiempos, demuestra, que ha venido. Los sepulcros de sus apóstoles y de sus mártires proclaman su divinidad por los milagros que en ellos se obran, y la potestad de su nombre revela lo que él es, puesto que, invocado, los mismos demonios lo confiesan temblando.

Empero, desviemos por un instante nuestros ojos del viejo paganismo, de Roma, de Atenas, del Egipto y de Babilonia, para fijarlos sobre los desventurados pueblos salvajes de nuestros tiempos, entre los cuales el cristianismo no ha podido aún hacer sentir su divina

influencia: ¿No encontramos en ellos los mismos absurdos, los mismos excesos, los mismos horrores? El infanticidio, la esclavitud, la fuerza brutal, con todas las crueldades más abominables ¿no pesan todavía sobre esas regiones del paganismo moderno? ¿Quien de entre nosotros, no ha leído con cierto espanto, lo que nuestros misioneros y viajeros refieren de las costumbres bárbaras de los antropófagos de la nueva Zelandia, y otras comarcas idólatras? ¿Son hombres ó demonios ocultos bajo la forma de hombres, aquellos salvajes diformes de las costas del África, y de Madagascar? Levantad el velo espeso que nos oculta el espectáculo de las costumbres horribles del Oriente; echad una ojeada al través del Indostan y del Japon, desde Delhi y el hermoso valle de Cachemira, hasta la cintura de islas, que rodean la India oriental; mirad por encima de esta famosa muralla de la China las escuelas y instituciones de Confucio; ¿qué refinamiento de lujo! pero, ¿qué de horrosos males morales y sociales! ¿Cuál es la suerte y la proteccion que se da á la infancia, á la mujer, á la ancianidad, al pobre, y al enfermo? ¡Ay! bajo de aquel cielo tan bello, de aquellos climas tan puros, los desgraciados son absolutamente abandonados; y en vano buscariais en ellos un solo establecimiento de caridad y de beneficencia. Me equivoqué; hermanos míos; un célebre gógrafa halló una pobre-enfermería para algunos estropeados.

Hé ahí lo que es el hombre abandonado á sí mismo; hé ahí el mundo, sin la civilizacion de Cristo, y sin Iglesia; y en este mismo instante, que hago estas reflexiones, mi mente se traslada con dolor, no hácia esas comarcas infortunadas de América, donde la esclavitud es una institucion social y política, sino hácia esas risueñas orillas del Bósforo, donde yo percibo caravanas de mercaderes de esclavos blancos, la cabeza cubierta con el turbante, y llevando en la mano el Coran de Mahoma, que van á comprar en cambio de oro, como vil rebaño, á pobres criaturas humanas, cautivos, que han sido arrancados á sus madres y á su patria. Miétras os estoy hablando; carísimos hermanos, graciosas y bellas jóvenes, doncellas adornadas de todas las gracias de la naturaleza, y con frecuencia enriquecidas de los más hermosos dones del corazon y del espíritu, vuelven hácia nosotros sus miradas suplicantes y derramando lágrimas. Angeles de bondad y de candor, encadenadas por espantosos demonios, yacen tristemente y por grupos en los mercados de esclavos del Oriente, donde son indignamente visitadas y examinadas por las manos de infames mahometanos, que van á traficar con su inocencia y sus personas. En vista de estos espantosos excesos del paganismo, ó de la infidelidad, nuestros modernos filósofos y libre-pensadores, no va-

cilan en atribuirse el título de sábios, y en reirse de la piedad de nuestros sábios y venerados Padres de la Iglesia de los primeros siglos, porque vieron las obras del demonio en todas esas monstruosidades del paganismo; empero, ¿puede negarse que los hechos del mundo contemporáneo, fuera de nuestra jóven Europa, están demostrando hasta la evidencia, la accion y la presencia del génio del mal, de Satanás, enemigo desesperado de Dios Criador y Padre del género humano?

Ya veis, queridos hermanos, lo que debe pensarse de la nueva doctrina de algunos protestantes y neo-intérpretes de la santa Escritura, de nuestros racionalistas modernos, que, desde lo alto de su autoridad privada, han decidido, que el demonio es un mito, y los endemoniados del Evangelio una quimera, miéntras que todos los monumentos más sagrados, las autoridades más respetables, y la Iglesia, toda entera, proclaman lo contrario.

3. Establecidos estos hechos, admitidos estos principios, ¿quedamos nosotros, en general, de todas esas historias, más ó ménos formales y conmovedoras de mágicas, de hechiceras, y otros fenómenos del mismo género, con que se nos mecía en nuestra infancia, espantó nuestra imaginacion; aún en la edad madura, y que parecia renacer y revivir bajo mil formas; más ó ménos extrañas, en nuestra edad, que por ser la edad del progreso, no es, seguramente, la edad de oro de la perfeccion moral? ¿Será preciso atribuir todas las maravillas, que de público se refieren, al demonio, *á priori*, o no hemos de ver en ellas absolutamente más que al hombre solo con su fuerza natural y su genio personal?

Mi breve respuesta, aunque no infalible, será decisiva y segura, puesto que sirve comunmente de regla á las personas prudentes en sus juicios. Por de pronto, cuando se tratan estas cuestiones tan delicadas de hechos demoníacos, ó no demoníacos, no debemos por sistema, ó de una manera absoluta, negar la intervencion del genio del mal. En efecto, se comprende facilmente esta complicidad del demonio, despues de todo lo que he dicho, de su potestad y de su malicia, posesiones y obsesiones del Evangelio, y mucho más si se tienen en cuenta, las pasiones y los instintos corrompidos del hombre. La opinion, que admite la posibilidad, en ciertos casos, la probabilidad de un comercio diabólico, de un pacto horrible, entre ciertos hombres de una perversidad consumada, y el demonio, nada tiene de contrario á la doctrina católica; y si despues de la Encarnacion, el poder del espíritu del mal ha disminuido notablemente, si es ménos insolente en sus ataques, no es porque el demonio haya cedido en

nada de su ódio y envidia: él es siempre el príncipe del desórden y el rey del mal. Empero, si, en principio, no se puede negar ni desecharse absolutamente la participacion del demonio en ciertos hechos, que presentan señales casi ciertos de su intervencion personal, y que nos dan, sino una certeza absoluta, á lo ménos una certeza moral, suficiente, para que la Iglesia haga uso de sus privilegios; tampoco debemos ver el espíritu del mal en todo y por todo, sin el exámen de una sana crítica, sin consultar el diagnóstico y la autoridad de la Iglesia, y sin un prudente discernimiento, y suponer un demonio en la cabeza de todos los pretendidos hechiceros y mágicos de todos los tiempos y de todos los países; si no queremos ser semejantes á los habitantes de no sé que ciudad, que creyéndose todos endemoniados, se agitaban y se atormentaban incesantemente, para librarse de su feroz huésped: no sea que nuestra imaginacion, exaltada, acabase por convertir el mundo en una especie de *pandæmonium* horroroso, y hacer de todos, más ó ménos, comparsas y agentes del demonio.

Aquí, hermanos míos, me hallo en una rápida pendiente, y sin pena me deslizo en el exámen de ciertos hechos y de ciertas posesiones demoníacas, célebres en la historia de nuestros días. ¿Quién no ha oido hablar de las espantosas escenas de Loudun, de Louviers, de los Cevennes, y otros lugares? Por punto general, y en práctica, creo que deben leerse con cierta desconfianza y con prudente reserva, lo que algunos historiadores sospechosos é incompetentes han escrito acerca del particular, y ordenar nuestra conducta y nuestro juicio segun los principios de que ántes he hablado.

Es posible, y aún probable, que el demonio, príncipe del desórden, y que en su rabia del mal, hace una guerra encarnizada, sobre todo, á las almas, y á las casas más santas, no ha sido extraño á muchas de las causas, que han producido ciertas escenas de delirio y de discordia intestina, puesto que él es el primer autor de la famosa máxima: *divide ut imperes*, divide para reinar; pero creo asimismo, que, en gran parte, deben atribuirse á una imaginacion exaltada, al miedo, que es contagioso, á las impresiones de un temperamento enfermizo y nervioso, como tambien á una notable debilidad de espíritu y de juicio, que no es rara entre ciertas mugeres. No dudo, que adolecen de exageracion los relatos de los hechos á que he aludido, y, por lo mismo, tengo por una severidad exagerada, ú error deplorable, su remedio y represion. La Iglesia no ha cesado de perseguir con sus anatemas á todos los fautores de adivinaciones, maleficios é imposturas, tan perniciosos para nuestras almas, y tan enemigos de

la paz y del reposo de las familias y de la sociedad. Cualquiera que estudie la historia de la Iglesia con intencion pura, reconocerá, que jamás ha cesado de luchar contra las supersticiones, las locas creencias, las prácticas ocultas, condenándolas en sus Concilios, ordenando á los confesores y á los predicadores, que se esfuercen en desarraigárlas con exhortaciones y razones sólidas. El Concilio de Trento, despues de haber condenado esos diversos errores, recomienda á los obispos, que preserven á los fieles de todo cuanto pueda conducirlos á la supersticion, y á escandalizar al prójimo.

Las armas que siempre ha empleado la Iglesia para combatir á esa infinita variedad de supersticiones, han sido constantemente las espirituales, la enseñanza y la instruccion para ilustrar á sus hijos, y colocarlos en situacion de no confundir la verdad y la doctrina católicas, con los errores que pudieran alterarlas, oscurecerlas ó exagerarlas.

No tengo que detenerme aquí en explicar ni en justificar los medios extremos empleados, á veces, por la potestad secular, para cortar un mal, que turbaba todas las imaginaciones, y ponía en riesgo los intereses de las familias en el orden moral, social y religioso: nos hallamos muy distantes de los tiempos y de las costumbres de la edad media, y aún de una época más inmediata á la nuestra; nuestras leyes, nuestras instituciones y nuestros hábitos se han suavizado, y aún transformado con la luz y la influencia vivificadora del Evangelio, de la cual, aún sin saberlo, estamos impregnados. Mas, si en nuestro siglo de progreso y de tolerancia, no se quema ya á los hechiceros y á los mágicos, ¿debemos mofarnos y reirnos de ellos? Nuestras burlas no impiden que existan y se perpetuen.

Una palabra, al concluir, sobre las locas creencias de hoy día, acerca de este asunto, no con el objeto de discutir las ó definir las, sino para prescribiros algunas reglas de conducta, que debeis seguir, en presencia de las tristes enfermedades del espíritu humano, que se extravía y malea, siempre que se separa de la autoridad de la Iglesia. En efecto; ¿cómo intentar siquiera en un breve discurso, la exposicion de una mínima parte de cuanto concierne á los espíritus, los duendes, las brujas, los fantasmas, los hechiceros y sus maleficios; los hechos de los demonios, y de los mágicos, de que nos hablan mil cuentos populares? ¿Cómo mencionar las mil formas de adivinaciones supersticiosas, desde la quiromancia de los Bohemios nómadas, hasta el arte de predecir de las mugercillas, que echan las cartas en nuestras encrucijadas; desde la astrología y el magnetismo, hasta las mesas giratorias y parlantes de nuestros elegantes salones, á las

cuales los espíritus prodigan sus visitas de favor, y en donde parece que se complacen en abrir las cien puertas de lo porvenir? Me limito, pues, hermanos míos, á indicaros algunos principios generales y algunas reglas seguras, con cuya ayuda no os extraviareis en el dédalo misterioso de esas imposturas, ó errores groseros y peligrosos.

La primera observacion que se puede notar para servir de regla de conducta, es, que, en general, y ordinariamente, las supersticiones y las prácticas ocultas son ataques directos ó indirectos contra la religion, y proceden de los desertores de la fe, de la heregia, del cisma y de los incrédulos: por lo tanto, hay que desconfiar, y precaverse de todos esos embustes.

Otra observacion se ofrece, no ménos justa, ni ménos fundada; y es, que ni la autoridad, ni la ciencia han podido comprobar, analizar, ni acreditar ninguno de los hechos maravillosos de que se habla. Además, amados fieles, en todo tiempo, la Iglesia ha condenado la adivinacion y las prácticas supersticiosas, como una triste herencia de las tradiciones paganas. Desconfiad, por lo tanto, de todos esos experimentos, más ó ménos maravillosos, más ó ménos demoníacos, cuyo fin principal es el interés, y cuyo peligro y horribles consecuencias son frecuentemente el desorden y la perturbacion de la inteligencia; y lo que es más deplorable, la pérdida de la fé y la ruina de la conciencia.

Voy á concluir, mis queridos hermanos, por donde he empezado, recordándoos, que nuestra vida es una tentacion continua, que el demonio está en todas partes, no para dominarnos, como sucede en los casos de posesion, sino para tentarnos. Él nunca duerme y se aprovecha de las cosas más ténues para perdernos, á imitacion de las sirenas, en concepto de los antiguos, tiene lugares y teatros para fascinarnos y seducirnos. Yo me inclino á creer, que ciertos almaces de vanidad, ciertas diversiones y fiestas, ciertas reuniones muy poco en armonía con el espíritu del Evangelio, ciertas pompas y locuras, principalmente en días señalados, le son muy agradables; porque le ofrecen ocasion oportuna para la caza de almas y de conciencias.

Procuremos, pues, hermanos míos, imitar el ejemplo del Salvador en el Evangelio; huyamos del peligro, y pongamos siempre, á las asechanzas y tentaciones de nuestro enemigo, una resistencia invencible; la vigilancia y la oracion, la cruz, que le pone en fuga, y una confianza filial en la Santísima Virgen María, quien aplastará la cabeza de la serpiente infernal, como se nos ha prometido para nuestro consuelo. *Amen.*